



LAS PERLAS.

I.

La perla de Juanito.

El día de San Juan había una gran recepción de niños en casa del Sr. Alvarez.

Juanito, que era el héroe de la fiesta, cumplía diez años aquel día.

El Sr. Alvarez, su papá, en premio de su aplicación y buen comportamiento, le había regalado una preciosa perla montada en un alfiler de oro, y Juanito la ostentaba orgullosamente en su corbata.

Sus amigos le rodeaban contemplando la perla, no con envidia, que este es un vicio muy feo impropio de niños de buenos sentimientos y bien educados, sino con admiración.

Todos, á porfía, deseaban verla

de cerca para poder admirar su hermoso brillo nacarado.

Satisfecha ya su curiosidad, entablóse entre ellos una seria discusión sobre la materia de que estaba formada la perla.

Los unos sostenían que era una piedra, los otros que era un marisco; otros replicaban que era un mineral, y algunos, que por cierto eran los más cuerdos, confesaban ingenuamente su ignorancia sobre el punto debatido.

Juanito, en vista de aquella discordancia de pareceres, propuso que se consultase á su papá á fin de salir de dudas.

Todos accedieron unánimemente á ello, y es lo mejor que pudieron hacer, porque cuando una persona no sabe una cosa, en vez de cues-

tionar sobre ella, debe preguntarla á quien por su experiencia y sus conocimientos se encuentre en estado de podérsela explicar.

II.

Lo que es la perla.—Su formacion.

Fueron, pues, nuestros niños en busca del Sr. Alvarez, que estaba en su despacho, le expusieron sus dudas, y el papá de Juanito, con la complacencia propia del que verdaderamente sabe, se prestó gustoso á satisfacer su natural curiosidad.

—La perla,—les dijo,—es el resultado de la enfermedad de un animal.

—¡La perla, ese adorno tan bonito, es resultado de una enfermedad!—exclamaron algunos de los niños.

—Sí, amigos míos,—añadió el Sr. Alvarez;—es el resultado de una enfermedad ó irritacion que sufren varios moluscos, el más importante de los cuales es ese llamado por el vulgo *ostra perlera*, y conocido por los sabios con el nombre de *meleagrina margaritifera*.

—Nombre muy bonito, pero difícil de pronunciar,—dijo uno de los niños.

—El primero que en Europa ha descubierto que la formacion de la perla es debida á la enfermedad de ciertos moluscos,—continuó di-

ciendo el papá de Juanito,—fué, segun parece, el célebre naturalista Linneo, quien en 1761 escribió al gobierno sueco sobre este particular.

—Dice Vd. que Linneo fué el primero que descubrió eso en Europa; ¿luego ya se sabía ántes en otros puntos?—preguntó Juanito.

—Sí, hijo mio; pero no es este el momento de ocuparnos de ello,—contestó el Sr. Alvarez;—ya hablaremos de eso más tarde.

—¿Y de qué materia es la perla?—preguntó otro de los niños.

—La perla,—contestó el interpelado,—es de una materia córnea y calcárea á la vez, en un todo igual á la del nácar, que es la sustancia de que están interiormente revestidas las dos conchas de la ostra perlera. El primero que demostró la identidad entre la materia de que están formados el nácar y las perlas fué Reaumur, en 1717. Entre éstas y aquél no hay más diferencia que la de la forma; el nácar debe su formacion á la materia que el animal expele y va depositando por capas en el interior de la concha á medida que va creciendo; la perla está formada por esta misma materia depositada en forma globular, ya sobre la concha, ya entre los pliegues del carnosos *mantillo* del molusco. Las perlas depositadas en la concha están adheridas á ella; las que se encuentran en el

interior del animal están sueltas. Unas y otras aumentan de tamaño por la superposicion de una capa anual; pero, como comprendereis muy bien, las sueltas son mas hermosas, más perfectas y se pagan á mayor precio que las que están pegadas á la concha.

—Siendo las perlas producidas por una ostra, ¿cómo se hace para cogerlas?—preguntó Juanito.

—Pescando las ostras,—contestó su papá.

—¿Y cómo se pescan?—siguió preguntando el niño.

—Voy á decíroslo; pero como veo que nuestra conversacion se va alargando, me parece que no hareis mal en tomar asiento.

Los niños se sentaron alrededor de la mesa del Sr. Alvarez, y éste empezó su narracion del modo que se verá en el siguiente capítulo.

III.

La pesca de las perlas.

—Las ostras perleras, amigos míos, se encuentran formando bancos en el fondo de muchos mares, y algunos de estos bancos son tan considerables que ocupan una extension de muchas leguas. La pesca de las perlas ha constituido en todo tiempo una de las principales riquezas de los pueblos orientales; pero esta pesca es tan peligrosa que no me extrañaria que la que Juanito lleva en su corbata hubiese cos-

tado la vida á más de una persona.

—¿Qué horror!—exclamó el niño haciendo un movimiento instintivo para quitarse el alfiler.

—Los puntos en que esta pesca tiene más importancia,—continuó diciendo el Sr. Alvarez,—son la isla de Ceylan y el golfo de Bengala. Los barcos destinados á la pesca de las ostras perleras están tripulados por veintiun hombres, á saber: el patron-piloto, diez remeros y diez buzos. Una vez llegados al banco de ostras, estos últimos, divididos en dos secciones de cinco hombres que se relevan alternativamente, descenden al fondo del mar puestos en cuclillas sobre una pesada piedra atada á una cuerda, sujetos á esta cuerda con la mano derecha y tapándose la boca y las narices con la izquierda. Recogen las ostras que están al alcance de su mano, las meten en un saco de red que llevan atado al cuello y vuelven á la superficie. El más hábil de todos ellos no puede permanecer más de 30 segundos dentro del agua, donde no pocas veces tiene que luchar á brazo partido con los tiburones. Pocos son los pescadores de perlas que llegan á viejos; muchos de ellos al salir del agua empiezan á arrojar chorros de sangre por la boca, las narices y las orejas, y la mayor parte mueren jóvenes.

—¿Qué lástima!—exclamaron á coro los niños.

—Pero no en todas partes se hace la pesca de las perlas del mismo modo,—añadió el Sr. Alvarez.—Si en la isla de Ceylan se hace de la manera que acabo de deciros, en el golfo de Panamá, por ejemplo, se hace sin ayuda de cuerda ni de red. Los buzos se arrojan al agua, cogen dos ó tres ostras y vuelven á salir á la superficie, repitiendo esta operacion doce y quince veces seguidas; y todo esto por un miserable estipendio de veinte reales semanales y una mala comida, compuesta de un pedazo de bacalao seco ó de un trozo de *tasajo*.

—¿Qué es *tasajo*?—preguntó uno de los niños.

—Carne de buey cortada á tiras y puesta á secar al sol,—contestó el Sr. Alvarez.—Es la comida que se acostumbra dar á los negros de nuestras colonias de América. A veces el buzo se alquila sólo para la pesca del día, en cuyo caso se le paga á razon de unos dos cuartos por cada ostra perlera que coge; pero hay que tener en cuenta que casi nunca coge más de dos á la vez, y que sale frecuentemente del agua con las manos vacías ó con ostras que no son perleras. No hay para qué deciros que cuando esto les sucede han trabajado de balde.

—¡Pobre gente!—dijeron algunos de los niños.

—Mucho celebro, amigos míos,—añadió el papá de Juanito,—que abrigueis sentimientos tan compasivos. Cuando veais alguna perla no dejéis de consagrar un recuerdo á los pobres pescadores que exponen su vida para procurar á los ricos de la tierra la satisfaccion de poder ostentar este hermoso producto, elaborado por un animal que vive en una concha, cuyo exterior es tan poco agradable, que nadie sospecharia que dentro de ella pudiesen tener cabida el nácar y las perlas. A propósito de esto, recuerdo que, cuando yo aún hacia versos, escribí la siguiente fabulilla:

Al fondo del mar bajó
Novel pescador de perlas,
Y, al contemplar de las ostras
La concha rugosa y fea,
Volvióse á la superficie
Sin pretender ni aún cogerlas,
Por parecerle imposible
Que hubiese perlas en ellas.

*Lo cual, mis queridos niños,
Es un hecho que nos prueba
Que no debemos juzgar
Las cosas por la apariencia.*

¿Quereis saber ahora cómo se extraen y clasifican las perlas?

—Sí, señor; sí, señor,—dijeron algunos.

—Pues, oid.

(*Se concluirá.*)

CELSO GOMIS.

EL QUINTO.

I.

No llores, madre tierna,
No llores, madre;
Con tu llanto no aumentes
Más tus pesares.
La Fe te dice
Que en el mundo sus pasos
Guiará la Virgen.

—
No llores, madrecita,
Porque es soldado,
Que el servir á la patria
Deber es santo.
Y á más le has puesto
Una Virgen del Carmen
Junto á su pecho.

II.

—¡Adios, casita mia,
Adios, aldea,
La de pequeñas casas
Y blanca iglesia!
¡De tus campanas
No escucharé los ecos
Como plegarias!

—
El recodo que paso
De este camino,
Oculta ya la casa
Donde he nacido.
Por vez postrera...
Vuelvo atras un instante.
¡Adios, aldea!

Me parece que escucho
Tristes lamentos...
Son de mi pobre madre
Ayes y besos.
¡Ay, madre mia,
Pide á la Virgen Santa
Guarde mi vida!

—
Murmuraron sus labios
Una plegaria,
Sus ojos se nublaron
Entre las lágrimas.
Y con pié incierto
Se alejó suspirando
Por el sendero.

III.

Ya pasaron los años:
La tarde espira,
Dando aliento al cansado
Sopla la brisa;
Y por la senda
Camina un licenciado
Hacia la aldea.

—
Escucha el són vibrante
De las campanas,
Y una oracion murmura
Que roba el aura:
—¡Virgen del Carmen,
Conservame la vida
Para mi madre!

PEDRO GROIZARD.

LA ABEJA.

SUS COSTUMBRES, TRABAJOS Y PRODUCTOS

POR LUIS ÁLVAREZ ALVISTUR.

(Continuacion.)

Y se comprende que suceda así, pues que cuanto más tiempo esté la abeja bajo la influencia del aire libre, menor ha de ser el efecto que en ella produzca el humo, y por lo tanto han de aumentar las proba-

bilidades de que llegue á ser hostil.

Inmediatamente despues de establecido el enjambre en su colmena, colócase en el sitio que haya de ocupar, no exigiendo cuidados especiales. Sólo en el caso de sobre-

venir lluvias ó alguna tempestad, deberá evitarse la salida de los insectos que componen la nueva familia. Los enjambres no se castran.

Respecto á la época más oportuna para obtener los enjambres artificiales, no puede decirse nada concreto, pues esto depende de las circunstancias especiales de la localidad. Sin embargo, diremos como regla general, que conviene efectuarla en cuanto veamos que tiene barbas la colmena, lo cual suele suceder desde mediados del mes de Abril hasta Julio; en este mes y en los de Agosto, y aún Setiembre, salen los enjambres secundarios.

Dicho ya todo cuanto se refiere á los enjambres artificiales, dediquemos, siquiera sean dos palabras, á los naturales ó voluntarios.

Cuando las colmenas tienen barbas y no se enjambran, la nueva prole se lanza al campo, dirigida por la abeja madre y acompañada del número conveniente de machos. Su vuelo es corto y dura poco tiempo, así es que casi siempre se detienen ó en un árbol, ó en un arbusto, próximos al colmenar (1). Entónces es cuando se debe coger, pues si se pierde esta ocasion, remonta el vuelo y se hace muy difícil, si no imposible, rescatarlo. ¿Y cómo se coge el enjambre estando éste en un árbol ó arbusto? Fácilmente. Para ello no hay más que poner debajo de dichas plantas, arbórea ó arbustiva, un lienzo blanco; acto continuo muévase el vegetal, y se le verá caer formando

una bola compacta. Entónces se pliega el lienzo y se traslada el enjambre á la colmena que deba contenerlo.

Entremos ahora á ocuparnos de la tercera y última de las operaciones que exigen las colmenas: la de *castrar*.

El *castro* ó *cata*, que tambien se da este nombre entre algunos apicultores, tiene por objeto la recoleccion de los panales que la abeja destina para el hombre. Ahora bien; por esta misma razon, nosotros no debemos abusar quitando á la colmena una parte mayor que aquella que nos pertenece, y si así lo hiciéramos, demostraríamos ser por demas ingratos.

¿Y quién nos ha dicho que los panales que se sacan de la colmena son destinados para el hombre? preguntarán algunos. Cuestion es ésta que ha sido objeto de muchos y animados debates, y no sólo ya entre apicultores, naturalistas y agrónomos, si que tambien entre filósofos, juriconsultos y toda clase de hombres pensadores. Despues de mucho discutir, despues de mucho raciocinar, la verdad es que no se ha llegado á un resultado que pueda admitirse por todos como solucion. Esto no obstante, existe un hecho práctico que nos enseña más que todas las discusiones, y es, á saber: habiendo observado gran número de colmenas sin castrar, pudo verse que la tercera parte de sus panales estaban intactos, los cuales ni aún en el invierno se consumieron. Ahora bien: ¿quién es el llamado á aprovecharse de ese sobrante, de ese exceso de subsis-

(1) Por esta razon es muy conveniente plantar en el mismo colmenar árboles no muy elevados y arbustos.

tencias que llegan á tener las colmenas?

Parécenos que no se pretenderá que tan preciosos productos sean devorados por los demas insectos, por los reptiles, ni por ningun animal. Comprendiéndolo asimismo la Iglesia, y considerando al propio tiempo la superioridad y bondad de la cera elaborada por la abeja, — cera vírgen, — la ha preferido á otra cualquiera para su alumbrado.

La práctica de la operacion del castro es por demas sencilla; redúcese á dar humo por la parte superior del *vaso*, con objeto de no matar á ningun insecto, y con los cuchillos y las gubias (1) separar de las paredes de la colmena la tercera parte de los panales de que la misma se compone. Si ésta es de tres cuadrados, basta pasar un alambre incinerado (2) por la union de las divisiones superior y central, trasladando en seguida el cuadrado separado al laboratorio y sustituyéndole con el de en medio.

Los panales, segun se van sacando de la colmena, deposítanse en peroles, en los cuales se llevan al departamento donde ha de hacerse la separacion de los dos productos que los componen.

Esta separacion se consigue pronta y fácilmente, empleando para ello unas tenazas grandes de madera, con las cuales se oprime el panal, colocado sobre unos canasti-

llos y envuelto en una lona nueva y perfectamente limpia. La miel pasa á unos recipientes de barro, los cuales se almacenan en sitios frescos y muy bien ventilados. De la cera estrujada por las tenazas ó la prensa (1), obtiéndose aún más miel, pero ésta no puede ser aplicada sino para usos muy secundarios.

La época mejor para castrar, es por regla general, en Junio, y á primeros de Setiembre, debiendo hacerse esta operacion por la mañana temprano y por la tarde.

Conocidos ya los trabajos más importantes que en toda colmena hay que ejecutar, digamos algo acerca de la manera de remediar las malas consecuencias que lleva consigo la emigracion de la abeja madre. Cuando esto sucede, se establece la comunicacion entre dos, tres ó más colmenas, hasta el número de veinte, para lo cual ábrense pequeños agujeros en el último tercio del *vaso*, en los cuales se introducen unos tubos de hoja de lata, que es por donde la directora ha de pasar de unas á otras colmenas. De este modo no extrañan las abejas la falta de su madre.

Despues de todo lo expuesto, entremos á calcular los gastos é ingresos probables de un colmenar, ya sea éste cubierto, ya descubierto, y concretémonos para ello á una clase determinada de colmenas: sea, por ejemplo, la de tres cuadrados.

(Se continuará.)

(1) Se llaman gubias á unos cuchillos, cuya hoja forma ángulo recto.

(2) Incineracion es la elevacion al rojo en presencia del aire.

(1) En apicultura empléanse varias é importantes máquinas, como prensa, melificador, etc., etc.

ESPAÑOLES ILUSTRES.



BARTOLOMÉ ESTÉBAN MURILLO.

Este célebre artista nació en Pilas (Sevilla) en 1.º de Enero de 1613, y murió en aquella capital en 3 de Abril de 1682. Sus grandes aptitudes para la pintura desde su edad juvenil, el estudio que hizo de los grandes pintores antiguos y la constante observacion de la naturaleza, le permitieron ocupar lugar muy distinguido y sobrevivir á su época. Un colorido pastoso, un pincel ligero y agradable, la frescura de sus carnes, lo ideal de sus concepciones, su dominio perfecto del claro-oscuro y su especial manera, que tanto encanto presta á sus obras, hicieron que éstas fuesen muy buscadas por los inteligentes. Todos los museos del mundo encierran lienzos de Murillo, que patentizan su fecundidad, y el de Madrid sobre todos contiene una copiosa y admirable coleccion de cuadros de su mano. La Academia de Bellas Artes de Sevilla le consagró un monumento mural en 1858, y poco más tarde se alzó una estatua en aquella capital andaluza al fundador de la escuela sevillana. De esta estatua, labrada por el ilustre escultor y académico D. Sabino de Medina, existe una reproduccion en Madrid junto al Museo del Prado, en la plazoleta entre dicho edificio y el Jardin Botánico.

El que desee conocer á fondo la historia, representacion y obras del artista que nos ocupa, encontrará valiosos datos en la obra que le ha consagrado el diligente escritor D. Francisco M. Tubino. Nosotros, reducidos á consagrarle un breve recuerdo en nuestra galeria de celebridades españolas, sólo diremos, para terminar, que entre las obras principales de Murillo figuran *Los niños de la concha*, *Sacra Familia*, *El niño del borrego*, *San Bernardo*, *Santa Ana dando leccion á la Virgen*, *San Ildefonso*, *Martirio de San Andrés*, los célebres *medios puntos*, *Santa Isabel*, *reina de Hungría*; *Moisés sacando agua de la peña*, *San Antonio*, *Rebeca y Eliezer*, *Santiago*, *La Magdalena*, *Jesucristo en la cruz*, *El hijo pródigo*, *Caida de San Pablo*, *La Poreiúncula*, *La Anunciacion*, *La Adoracion de los pastores*, y numerosas *Concepciones*.



LUISA.

Cuando de verdes hojas
Los árboles se llenan,
Cuando las aves cantan
Diciéndose ternezas,
Y flores mil asoman
A celebrar la fiesta,
Cubriéndose de frutos
El monte y la pradera,
El cielo es más hermoso,
La vida más risueña,
Y cielo, aves y flores,
Anuncian que comienza
La estación más alegre:
¡La primavera!

Naces, Luisa, á la vida,
Y nada más deseas

Que hacer más hechiceros
Tus rízos y tus trenzas,
Con flores adornando
Tu artística cabeza,
—Flores que están ufanas
De tan gentil maceta,—
Tu frente candorosa
Y el carmín que sombrea
De tus mejillas castas
La celestial belleza;
—Que así es el tan preciado
Color de la inocencia—
Tu cándida mirada,
Tus sueños de pureza,
Tu amor por esas flores
Que son tus compañeras;
Tu voz, tu risa, todo
Anuncia que comienza

De tu placida vida
¡La primavera!

Quiera Dios conservarte
Tan cándida, tan buena,
Sin que jamás olvides
Tus sueños de pureza;
Siempre tu dicha formen
Las flores que te cercan,
Las aves que á tu lado
Ensalzan tu inocencia;
Nunca los desengaños
Marchiten tu belleza,
Y así será tu vida

¡Continúa primavera!

RICARDO SEPÚLVEDA.

EL PAÍS DE LOS BUENOS MOZOS.

V.

No todo el tiempo de estancia en aquel país debia emplearlo en diversiones; así es que diciendo un día á mi amigo que deseaba visitar algun establecimiento de beneficencia, nos encaminamos al hospital general.

Maravilloso es por cierto lo que en aquella tierra acontece respecto á los facultativos, enfermos y hospitales. Allí los médicos son pocos y apenas tienen enfermos á quienes visitar; todos los ciudadanos poseen secretos y recetas con que vencer las enfermedades; son sumamente inteligentes en botánica, y por lo tanto, á más de médicos son tambien farmacéuticos. Sin embargo, el paciente que desea que le visite un doctor, le hace llamar, y al punto es visitado por él; pero son pocos los que tienen ese gusto: el gobierno permite ejercer el oficio de curandero, pero sin vociferar en las plazas públicas los medicamentos y sus virtudes, evitando de este modo especular con los transeuntes. Así es que allí á ninguno le han robado nunca el reló ó el porta-monedas por distraerse escuchando la *charla sempiterna* de

algun *fabricante de panaceas*. En algunas épocas, y por decreto gubernativo, ejercen su profesion todos los médicos con título; pero esto sólo acontece cuando hay exceso de poblacion. Fácilmente se adivina que allí, como en todas partes, suele haber epidemias, y que la más terrible que sufren, á no dudar, es la de permitir libremente á aquellos *galenos* el ejercicio de su profesion; en cambio no hay quintas ni pulmonías, y está prohibido emigrar á América y á Fernando Póo.

Pidiendo á Dios que me conservara la salud estaba yo, cuando el doctor *Cantárida*, que fué quien me contó lo que os he referido, me estrechó la mano, diciéndome: «No le importe á Vd. ponerse malo en esta tierra, que aquí me tiene dispuesto á dar fin... con cualquier enfermedad que le atacase; advirtiéndole que enfermo á quien yo he visitado una sola vez, no ha vuelto á necesitar de más visitas por haber dejado de padecer para siempre.» Y luciendo su voluminoso abdómen, se quedó tan tranquilo despues de lo dicho. Para que todos os libreis de él si por una de esas raras casualidades le encontrais en

vuestro camino, me apresuro á presentárosle.



No acertaba yo á explicarme la razon por qué mi amigo Avellana habia estudiado medicina cuando tan desacreditados estaban en aquella tierra sus compañeros; pero no tardé en salir de la duda escuchándole que no pensaba ejercer allí la facultad, y que si no habia seguido otra carrera era por cumplir con una condicion testamentaria, en que así se le ordenaba para poder heredar una inmensa fortuna de un pariente suyo lejano.

Como el clima de aquellas regiones es benigno y morigeradas las costumbres de sus habitantes, las enfermedades son pocas y de fácil curacion; en cambio, la envidia y la avaricia se encargan de hacer las víctimas que la tisis y los vicios hacen en otros países.

Hay varias salas destinadas á

curar á los envidiosos, que son innumerables, á consecuencia de que allí no sólo se envidia la hermosura, el favor y la fortuna, sino tambien hasta la desgracia, cosa incomprensible, pero que así sucede; tal vez sea porque la multitud de percances que puedan ocurrir á un hombre durante su vida lleguen á hacerle célebre despues de la muerte. El que por ella se deja llevar, embota su sensibilidad, consume la parte física y envejece rápidamente, concluyendo por llegar á ser el más desventurado de los hombres y el más repugnante de los seres. A continuacion vereis el retrato de uno de los más graves enfermos de esa epidemia social, que ántes de experimentarla era bello, simpático, jóven, y por consiguiente feliz.



La otra enfermedad reinante en aquel país es la avaricia. Como el

hombre no suele tener presente que la vida es corta y que ésta puede sostenerse con poco, y que no son intereses y haciendas lo que se necesita para disfrutar de la bienaventuranza en la otra, sino virtudes que hayamos practicado en ésta, ambiciona poseer todo cuanto ve, y hasta los tesoros que su calenturienta imaginación inventa. El avaricioso disfruta contemplando el oro y olvidándose de sus hermanos y de sí mismo, se alimenta con contar mil y mil veces su tesoro, se alegra con el ruido de las monedas, duerme sobre ellas, siempre sobresaltado, y por último, espira víctima de todo género de necesidades y en el más completo aislamiento. Un atacado de avaricia es el que veis, que, como



á los de la envidia, les adornan en aquel hospital con grandes y ca-

prichosos gorros de bayeta amarilla.

No quise abandonar aquella mansión del dolor sin ver ántes el departamento destinado á la curación de los dementes; poco rato estuve por temor al contagio; pero lo suficiente para persuadirme de que los locos de aquella tierra eran iguales y por idénticas causas que los de todas las demas partes del mundo. Sin embargo, el tema más general de aquellos desgraciados tiene su origen en el afán de querer inventar un sistema político gubernamental mejor que los que rigen en todas las naciones civilizadas, y á gusto y utilidad de todos los ciudadanos, claro está que el asunto, no sólo es difícil, sino de imposible realización; pero tanto es lo que estudian y meditan sobre dicha idea, que concluyen por perder el juicio; así es que allí casi todos los que han sido ministros, senadores ó diputados, van, más ó ménos tarde, á terminar sus días al *manicomio*. La lámina que sigue representa los últimos instantes de un ministro de Hacienda, que se volvió loco por no haber podido resolver el problema de cómo obtener fondos sin necesidad de impuestos y contribuciones.

La muerte en aquel país es tan cumplida, que ántes de cargar con cualquier individuo tiene la atención de avisárselo con tres días de

anticipacion por lo ménos, áun á aquellos que deban morir de repente: de este modo todos liquidan sus



cuentas pendientes, hacen testamento, y muchos se toman medida de algun traje para estrenarlo en el triste ó feliz—que esto está por ver—momento de espirar.

Sólo me resta deciros algo acerca del edificio. Este se halla situado al Norte de la poblacion, y todo en él se encuentra reglamentado, y las faltas cometidas por los dependientes del mismo son castigadas con

penas severísimas. Abundan los jardines adornados con pajareras, fuentes con maravillosos juegos de aguas, cenadores, estanques con barquichuelas; además hay salas de lectura, infinidad de cuadros debidos al pincel de los más célebres pintores, y los dias festivos conciertos: en una palabra, todo aquello que pueda contribuir á fortalecer la parte moral debilitada á causa de los padecimientos físicos y á distraer la imaginacion, logrando de este modo evitar las recaídas, que casi siempre son de fatales consecuencias.

Cerca de las seis de la tarde eran cuando terminamos nuestra visita al santo hospital, teniendo despues que andar á la carrera para poder asistir á la hora anunciada á la inauguracion de la temporada cómica, á la cual nos habian convidado. Su descripcion y pormenores serán objeto del artículo que sigue.

(Se continuará.)

EDUARDO GUILLEN.

LA NIÑA Y LA PALOMA.

Cuando miro la cándida paloma
Que tierna te acaricia
Y el limpio grano de tus labios toma,
Siento en el alma júbilo y delicia:
Pues al ver que con ella así te igualas,
Y al oir á la par su arrullo amante

Mezclado con tus íntimas querellas,
Dudo si en ese instante
Es niña la paloma, aunque con alas,
O paloma la niña, aunque sin ellas.

ANTONIO ARNAO.

LA RAMILLETERA.

En el ángulo del portal de una casa, en un barrio poco frecuentado de París, estaba hace días sentada una mujer de treinta años, teniendo á su lado un niño de cuatro á cinco, y delante un cesto de ramilletes, que ofrecia á los transeuntes; por desgracia, sus ramos, hechos sin gusto, no parecian tener fácil salida. Así, á pesar de sus ofrecimientos á los que pasaban, el número de ramos no disminuía, y la pobre mujer mostrábase muy afligida. En cuanto al niño, despreocupado como se está á sus años, charlaba sin notar el pesar de su madre.

A cosa de las once de la mañana un caballero, que daba el brazo á una encantadora jóven de diez y ocho años, se paró ante la vendedora y se puso á escoger flores; pero no habiendo encontrado ninguna á su gusto, las echó en el cesto y prosiguió su camino, sin observar dos lágrimas que asomaban á los ojos de la ramilletera.

Mientras tanto la jóven, cuyo aspecto denotaba su origen británico, conmovida por la muda desesperacion de la vendedora, sacó furtivamente de su bolsillo un papelito y lo dejó caer sobre el alegre

chiquitin y siguió al caballero, que era su padre.

—Toma, mamá; ¿qué es esto?— preguntó al momento el niño á la madre, enseñándole el papel que acababa de desdoblar.

—¿Dónde has encontrado ese papel?— exclamó la ramilletera un poco sorprendida, reconociendo que era un billete de cincuenta francos.

—Esa señorita le ha dejado caer.

Y la mujer corrió detras de la jóven para devolverla el billete; pero ésta, fingiendo no comprender lo que significaba, la rechazaba y queria seguir su camino: el caballero, habiendo oido las explicaciones de la ramilletera, tomó el billete y sacó su cartera para guardarlo.

La jóven, viendo á la infeliz mujer á pique de perder su ofrenda, dirigió á su padre una mirada suplicante y le dijo algunas palabras á media voz; pero él, con esa impasibilidad que caracteriza á sus compatriotas, se guardó el billete de cincuenta francos; luégo, sacando uno de quinientos, dijo, dándoselo á la ramilletera:

—Mi hija os ha dado cincuenta francos porque sois pobre; yo os doy quinientos porque sois honrada. ¡Que Dios os proteja! X.

CONSTANCIA.

Cuando en la lucha constante
Que se sostiene en la vida,
Vemos rudos desengaños
Que surgen á nuestra vista,

Y se disipan cual humo
Las ilusiones queridas,
Siendo do quiera humillada
La verdad por la mentira,

Y cuando la dura mano
Del dolor nos aniquila,
Abatiendo nuestras frentes
Al peso de la desdicha,

Mientras miramos triunfantes
Al parecer, la injusticia,
Y por la suerte halagados
Los que hácia el vicio se inclinan,

Entónces el desaliento
Lleva al alma, que vacila,
La muerte de las creencias
Por la negacion heridas.

Entónces sucumbe el ánimo
Con el temor que le agita
De ver perdido su empeño
Si lleva el bien por divisa.

Y entónces es cuando el hombre
De una virtud necesita,
Que, en sus honrados propósitos
Le fortalece y le anima.

¡La constancia! que es su escudo,
La constancia, prenda fija
De hallar el fruto anhelado
Cuando nuestros pasos guía.

Sigamos, pues, de ella al lado
Que á la voluntad invita,
Y es muy grande su poder
Si las dos marchan unidas.

Con su apoyo hará el trabajo
Que nuestra esperanza viva,
Brotando ilusiones dulces
Tras las quimeras perdidas.

E. CEBALLOS QUINTANA.

ACTUALIDADES.

El laborioso y activo industrial y diputado provincial D. Carlos Prats, ha hecho un viaje á su pueblo, Vivel del Río (Aragón), de donde hacia 37 años que faltaba. Como recuerdo de su expedición, visto el deplorable estado en que se hallaban las escuelas de niños y niñas del citado pueblo, ha adquirido terrenos y se propone levantar de nueva planta las construcciones necesarias al efecto.

En el pueblo de Murga, cuna del señor Marqués de Urquijo, se está construyendo á expensas de este caballero un edificio destinado á Escuela de niños con habitación para el Maestro y el Cura. Es este uno de los infinitos rasgos de desprendimiento de tan distinguido señor, cuya liberalidad y largueza no tienen límites.

Después de haber levantado en Llodio una magnífica Escuela y dotarla con profusión de toda clase de material, colocándola aún á mayor altura que los mejores edificios de su clase en el extranjero; des-

pues de dar comida diaria y dos trajes anuales á los niños de caseríos lejanos, con cuyo poderoso aliciente ningún muchacho se queda sin escuela; después de regalar á varias parroquias ornamentos primorosos; después de hacer limosnas á centenares, de asignar sueldos, socorrer necesidades, aliviar penas y amparar á desvalidos, todavía la llama de la caridad arde en su pecho con la misma intensidad que el primer día.

Es inútil decir que la dotación del Maestro corre por cuenta del Sr. Murga.

En anteriores números hemos publicado algunos de los madrigales del libro que preparaba el reputado académico D. Antonio Arnao. Hoy que, ya impreso, se encuentra á la venta, creemos que la mejor recomendación que del mismo puede hacerse, es la reproducción de la delicadísima poesía *La niña y la paloma*, que insertamos en otro lugar de este número.

SOLUCIONES Á LAS CHARADAS DEL NÚMERO ANTERIOR.

Primera.—*Civiles.*Segunda.—*Botica.*

Han remitido soluciones: Doña Jesusa de Granda, Doña Eulalia Flores y D. José Lloret.

PROBLEMAS.

Aritmético.—Demostrar de una manera evidente que 8 es igual á 0.*Gramatical.*—Hallar un nombre sustantivo que tenga el género *comun de tres*.

ENIGMA.

Un puente de perlas eleva su arco sobre el mar mientras que sus estribos se hunden en las olas. Los buques de mástiles más elevados podrian pasar por él; pero no pasan, porque en cuanto se acercan al mismo, se aleja. ¿Qué arquitecto lo ha construido y cómo se llama la construccion?

CHARADAS.

*Tercia cuarta quinta, dos
Cuarta tercera segunda,
Enfrente de prima quinta
Todo; y si acaso en alguna
Tentacion dos prima, toma,
Tres cuarta halagar tu gula,
De eso que buena dos cuarta
Tiene y parece que se una
Dos tercia de la primera
Quinta cuarta que lo oculta.
Si vas á una quinta tercia
Manda á tres tercia aceitunas.*

*Por prima y segunda
De mi compañero,
Bien pudo la tercia
Clavarme los cuernos,
Esto era en el campo
Y estaba lloviendo,
De segunda y prima
Me puse hasta el cuello.
Todo desde entónces
Padece mi cuerpo,
Y el nombre es el todo
De la que más quiero.*

Las soluciones antes del día 22.



El tercero: Comulgar por Pascua florida.